

PRÓLOGO

LA RISA CANÍBAL

Cada vez que una persona abre la boca para reír está devorando a otra persona. Es una verdad tan antigua como la humanidad misma, como la primera vez que en la prehistoria dos neandertales señalaron a un tercero que acababa de tropezar y se rieron de él porque les parecía idiota, conformando así la primera comunidad. Unos cuantos milenios después de ese luminoso tropezón inaugural, en 1651, Thomas Hobbes elaboró en su *Leviatán* la primera teoría de esa sensación de superioridad: «Un hombre del que se ríe es un hombre sobre el que se triunfa». La risa ha estado desde siempre encajada en ese cruce de coordenadas entre la razón, la moral y la política. «En un mundo de inteligencias puras quizá no se llorara, pero desde luego se reiría», profetizó otro de los grandes intelectuales de la risa, Henri Bergson, a finales del siglo XIX. Pero un par de inesperadas guerras mundiales nos dejaron, ya en la segunda mitad del siglo XX, un mundo que, lejos de parecerse a una utopía futurista de inteligencias puras, había mutado en un mundo sentimental. El descrédito de la razón (y de las ideas en última instancia) creó un estado de facto que nos ha llevado, en el comienzo del siglo XXI, a la posverdad y a un nuevo e inesperado populismo. Quien aspira al poder ya no lo hace esgrimiendo argumentos, sino *exhibiendo* sentimientos. Y a diferencia de las razones, los

sentimientos tienen la poderosa virtud de parecer inexpugnables. Allí donde una idea puede discutirse, un sentimiento solo puede temerse como un arma. Y en esa dialéctica la risa es siempre una amenaza, porque, al contrario de lo que suele pensarse, nos lleva de vuelta al mundo de la razón.

Lo urgente, ya se sabe, es el peor enemigo de lo importante, por eso las estrategias de la política son siempre las estrategias de la urgencia. Lo urgente funciona como una cortina de humo tras la que se esconde el verdadero interés, por eso todas las campañas globales en contra de la legitimidad del humor como instrumento dialéctico, político o filosófico se hacen esgrimiendo «argumentos» sentimentales aparentemente bienintencionados que sin embargo esconden un miedo muy básico: el de enfrentarse al humor de los demás, no como a un insulto, sino como a una *idea*, prejuiciada o no, falsa o verdadera, agresiva o inocua, estúpida o inteligente, pero siempre inaplazable.

Otra de las estrategias de la política: la de confundir lo contemporáneo con lo ahistórico. Es como si un espíritu perverso y juguetón, parecido al que trataba de engañar al racionalista Descartes, quisiera hacernos creer que todos los dilemas políticos a los que nos vemos obligados a enfrentarnos suceden ahora por primera vez y la humanidad no ha hecho todavía ningún aprendizaje para enfrentarse a ellos. El escándalo (teatralizado en muchos casos) con el que se alzan los defensores de la llama sagrada del puritanismo genera inevitablemente la súplica de perdón (teatralizada, como tampoco podía ser de otro modo) de quienes han sido lo bastante audaces como para hacer un chiste pero temen de pronto el tsunami social y viralizado de sus consecuencias. Tanto el escándalo del puritano como la petición de perdón estrictamente pragmática del bromista han generado una performance que cada vez nos resulta más familiar y menos creíble. Hemos creado —o lo que es quizá más perverso: hemos permitido que se creara— una estrategia estéril en la que

hemos quedado atrapados en gestos que nos resultan cada vez menos veraces.

La primera pregunta ante la risa debería ser la misma que ante una idea: la de si es o no legítima. En ese sentido, la risa solo puede ser juzgada por su contenido y por su poder «reformador», es decir, por la experiencia que pone sobre la mesa y por el método que inaugura. Y eso es lo que se propone este breve tratado de la risa caníbal. Sería una tarea sobrehumana resumir aquí más de dos milenios de historia de las ideas sobre el asunto. Ya existen para eso eficientes textos académicos. Baste decir que no ha pisado la tierra un solo filósofo que no se haya sentido obligado en algún momento a dar cuenta del fenómeno de la risa para hacerse cargo de la abrumadora cantidad de bibliografía que es necesario leer antes de decir algo mínimamente razonable. La vocación de este libro es más modesta por una parte, y por otra más audaz. Si bien no todas las ideas que se han esgrimido a lo largo de la Historia pueden ayudarnos a entender lo que nos sucede hoy, hay muchas que han pasado a un inexplicable segundo o tercer plano que sí describen a la perfección las mismas estrategias a la que nos enfrentamos. A veces, para entender el lugar en el que estamos, basta con recorrer mentalmente el camino a casa. Y en ocasiones ese camino no es tan largo.

En muchas de las cuestiones que hoy nos parecen callejones sin salida, la humanidad ha hecho ya, y no pocas veces a precio de sangre, un valioso aprendizaje que puede ser revisado: llevamos desde la época de Luciano de Samosata enfrentándonos a las contradicciones propias de reírse de los dioses ajenos; por cada Sócrates que ha tratado de describir la experiencia humana desde el idealismo, ha habido un Diógenes de Sinope que ha cagado en la plaza pública para demostrar desde el materialismo sarcástico que no podía ser tan malo lo que sucedía a diario en cada casa. Cada uno de los gestos de Hitler ha quedado ya

para siempre vinculado a la gloriosa parodia de Chaplin en *El gran dictador*. Y Gerard Damiano, con su celeberrima *Garganta profunda*, no hizo en realidad más que revisar el modelo que ya había creado Aristófanes dos mil años antes.

Todas las anécdotas y consideraciones vertidas en este libro buscan siempre en primera instancia un centro de gravedad, un episodio histórico. No hay nada más descorazonador cuando se habla de la risa que una especulación en abstracto, por eso aquí se han utilizado desde las vanguardias hasta la ventriloquía, desde el 11S hasta la desgraciada vida de los cómicos, desde el punk hasta la proverbial estupidez de George W. Bush. Todos esos episodios tienen, en relación con el humor y su legitimidad, el fascinante sabor de la carne humana y la innegable ventaja de estar lo bastante frescos en nuestro imaginario cultural como para obligarnos a revisar, desde su posición, nuestra propia experiencia. Por otra parte, el comienzo del siglo XXI ha incluido dos variantes novedosas en el panorama: la irrupción de la posverdad (el inédito transvase del mundo de la comedia al de la política) y la plena eclosión del humor feminista como consecuencia de su irrupción como movimiento transversal. Por si fuera poco, las redes han añadido una enorme confusión mezclando en un mismo saco movimientos neopuritanos con las justas reclamaciones de algunas de las minorías más castigadas. En ese *totum revolutum* que a veces se ha denominado cultura de la cancelación, no siempre es fácil distinguir el reclamo legítimo del politizado. Si la posverdad y los políticos populistas se han apropiado de algunas de las cualidades del humor creando un peligroso antecedente, el feminismo ha demostrado que el humor puede ser también el caballo de Troya perfecto para entrar en una sociedad sitiada por un machismo estructural. La conclusión, en cualquier caso, sigue siendo la misma: como herramienta política y dialéctica el humor no es más que una equivalencia mental de quien lo emplea, una extensión de sus *ideas*.

Si hay algo por lo que a partir de ahora conoceremos al siglo XXI, es porque la humanidad ha empezado a escuchar en *él*, en una igualdad de condiciones cada vez mayor, la risa de las mujeres. Y no sabemos adónde nos va a llevar esa risa. Sea como sea, me gustaría que quien lea estas páginas advierta hasta qué punto, como dijo un célebre poeta disculpándose de un plagio, somos lo que devoramos. Les invito sin más a probar el inconfundible sabor de la carne humana.